

LIBRO QUARTO. DE LA VIDA DEL GLORIOSO S. FRANCISCO.

CAPITULO PRIMERO.

*Pone Dios à su siervo Francisco en vna interior desfolacion, y permite gra-
visimas tentaciones por espacio de dos años, con breues
interruptiones.*

Dios maravilloso en sus Santos, alternando para perfeccionar sus almas, favores, y penalidades, consuelos, y tribulaciones, luzes, y tinieblas, siendo de esta variedad de bienes, y males el fin la utilidad, de quien los recibe, y el principio su providencia. Con el socorro de los favores da vigor, y firmeza, para que despues el alma pruebe su virtud en el combate de la tentacion. Hallabase el Glorioso San Francisco en Roma muy favorecido de Dios, y quando se podia prometer de sus asistencias mas seguridad, se hallò en medio del peligro en vna tormenta de desecha de tribulaciones. Probò el Señor la constancia de su Siervo por el tiempo de dos años, con sequedades, y obscuridad interior, poniendole en aquel estado, que los Mysticos llaman desfolacion, que es vn desamparo vniversal con negacion de todo consuelo, y vn crisol, en que se descubren al fuego de tribulaciones los subidos quilates del oro de las virtudes. Es ef-

te el trabajo mas terrible, que sienten las Almas Santas, porque al passo que el Señor quiere en ellas mayor iluminacion, y vnion, las dispone con mayores trabajos; porque todo el conocimiento, y vnion de el espíritu con el fumo bien, toma su altura del padecer, que es la prueba mas cierta del amor. Es este linage de tormento tan raro, que el que mas bien le siente, menos bien le dize, porque aun en explicar su dolor, no puede tener alivio. El es vn tenebroso abysmo de confusiones, donde mezclados, y barajados los afectos, se confunden, y se desconocen. Amotinadas todas las pasiones se alistan al combate, à cuya desapiadada conjura dan calor los demonios por permission divina, con todos los ardidés de su malicia, y la fuerza de varias sugestiones. Desmaya el coraçon embuelto en tristezas, temores, y desconfianças, ni en las lagrimas encuentra desahogo, ni en los exercicios espirituales tiene gusto, ni en la Oracion halla mas que cansancio, y astio: y parece que se le cegaron todos los ca-

mi.

minos de su remedio. Ultimamente, este es de los trabajos espirituales el mayor, y como à tal le reservò Christo Señor nuestro para el vltimo, queriendo que este fuesse la corona de su invicta paciencia, quando su santissima Humanidad se querellò de su desamparo en las afrentas de la Cruz, diciendo: *Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Para que los gritos de esta lastimosa quexa sirviessen de alivio à quien le imitare en este tormento.

En este estado (de que dexò hecho no mas que vn leve bofquexo) se hallaba este humano Serafin, à quien la memoria de tan altas mercedes, que tenia recibidas, servia solo de torcedor, y fiscal de su conciencia, y era vna criminal acusacion de sus ingraticudes; y tal vez por la baxeza con que sentia de sí, temia no huviesse sido fantásticas ilusiones. Aniquilavase en el profundo conocimiento de su miseria, y forcejando en borrasca tan desecha, contra las furiosas olas de la tentacion, teniendo siempre encendido el farol de la Fè, corria seguro con la lastre de la humildad, paciencia, y resignacion. Eran sus ojos mares de lagrimas, llorando las ausencias de su bien, rezelando no le huviesse perdido su ingraticud. Representavansele con estraña viveza, y fealdad abominable aun sus mas leves imperfecciones, con vn profundo olvido de sus buenas obras. Nada veia en sí con que obligar à la misericordia, y mucho que irritasse la divina Justicia. Si esforçaba el coraçon à la esperanza, la veia sin arrimo; si recurria al amor, no hallaba correspondencia; solo el temor vivia para llenar de assombros su espíritu, y turbar la serenidad antigua de su alma. Las pasiones sensuales, que à mucho coste de mortificacion tuvo vencidas, y sujetas à las leyes de el espíritu, y al imperio de la razon, aora amotina-

Parte I.

das, y rebeldes le hazian furiosa guerra. Los demonios mas insolentes, con la permission del Altissimo, solicitaban la verguença de sus agravios, yà en sensibiles apariciones, yà con sugestiones terribles, y mayormente para inducirle à desesperacion, infundiendole horrores, que sepultassen su coraçon en vna profunda tristeza. Sus compañeros, aunque no penetraban el fondo de sus trabajos, bien conocian ser extraordinarios, y se lastimaban mucho, viendo turbada la serenidad de su rostro, y sin aquella devota alegria, y afabilidad santa, en que tenian librado su consuelo.

El Santo Fray Leon, como mas familiar suyo, valiendose de la facultad de Confessor, le dixo vn dia: Padre, que novedad es esta, que notamos en ti de pocos dias à esta parte? tus continuas lagrimas, y suspiros son indices de tu dolor; que importará, pues, que la calle el labio, si le descubre con señales tan evidentes el rostro? Comunica tu mal, y acaso encontrarás alivio, pues no pocas vezes la fuerça de los males se desarma comunicados. Ay hijo Fray Leon, respondió el Santo, que mi pena no es capaz de consuelo. Como le hallará en las criaturas, quien tiene ofendido à su Criador? Ay miserable de mi, que soy el hombre mas ingrato, y mas pecador, que tiene el mundo! Pues Padre, replicò Fray Leon, quando esso fuesse así, debieras alentar tus confianças en la misericordia de vn Dios, que conoce la fragilidad de nuestra naturaleza, y dexò medios tan suaves, como eficaces, para reparo de sus quiebras. Si sientes gravada tu conciencia, desahoga tu dolor en el Santo Sacramento de la Penitencia. Hijo, por la bondad de Dios, no siento en mi acusacion cierta, que me condene, pero veo los inefables beneficios, que he recibido de su liberal mano, y muy ruin cor-

Min ref.

respondencia, y temo, que por ingrato me tiene abandonado. Pues, Padre, si tomándole el dicho à tu conciencia, no te acusa, desecha de ti tus melancolicas aprehensiones, y ofrecele al Señor con resignacion tu trabajo; pues no puede perecer, quien se dexa en su rectissima voluntad. Hagase en mi, dixo el Santo, por toda la eternidad, y como yo no le tenga ofendido, no temo todas las penas del infierno, ni las furiosas batallas de sus rebeldes espiritus. Respirò algun tanto de su congoja con Fray Leon, y ayudado de su fervorosa candidèz, cantò alabanzas à su Dios.

Dispensaba tal vez el Señor en las obscuridades de esta temerosa noche, descubriendo la luz de su divina consolacion, para que cobrando con el favor nuevos alientos, bolviessen con mas ardor à su combate. En el discurso de estos dos años, se tocaran algunos successos los mas particulares, para que se vea con quanto empeño tomaron por su cuenta los demonios el batir esta fortaleza, quedando siempre burlados los ardides de su malicia, y sobervia: y con quanto amor fortalecia el Señor su coracon con extraordinarias mercedes. La frecuencia de estas, ni la estrecha familiaridad, que tenia con Dios, no engendraba confiança tal, que desterrasse sus temores; porque con las cenizas de su proprio conocimiento ocultaba las brasas de el favor, y empleando toda la memoria, y atencion en el registro de sus faltas, y imperfecciones, se acordaba solo de lo que humilla, y se olvidava de lo que consuela: y viviendo aniquilado en el conocimiento de su miseria, en todo hallaba Cruz, y bebía el Caliz de amargura, y tribulacion. He referido con extension este jestado, porque en el obrò San Francisco las hazanas mas heroycas de su abrasado

espiritu, y descubrió la destreza, y magisterio, que tenia en el camino de la perfeccion: y para que sirva su noticia de consuelo, y enseñanza à algunas almas escogidas, à quien Dios fia semejantes trabajos, como importantissimos, para perficionar las virtudes, y sacar de el todo la escoria de humanas afecciones, para que quedemas acendrado el oro de la caridad; porque en este fuego à quien obscurecen humos de temores, que ciegan el discurso al amor divino, reconcentrado en lo mas intimo del alma, aviva la actividad de sus llamas, impaciente de los retiros, y ausencia temida de su vnico, y fumo bien.

CAPITULO II.

Sale de Roma el Santo para el Reyno de Napoles. Visita en Sublago la cueba de San Benito, y à su contacto florece la zarça en que se echo este Gran Padre de los Monges.

AUNQUE la asistencia de nuestro Santo en Roma era importantissima, y de grande edificacion, porque los ardores de su zelo, no daban treguas à solicitar la mayor gloria de Dios, y bien de las almas; tomò la resolucion de salir de ella, rezeloso de que entre tantos aplausos, como los que tenia en aquella Curia, no penetrasse à su coracon el ayre subtilissimo de la vanidad, siendo tantas las queébras, y resquicios, que àzia la estimacion haze el amor proprio. Partió, pues, de Roma, enderezando su camino al Reyno de Napoles, y visitò de passo en Sublago la venerable gruta, ò cueba, en que el Glorioso Patriarca San Benito hizo admirable penitencia. De esta visita se conservan vestigios en la

Ca-

Capilla de los Santos Angeles, y de San Gregorio, que consagrò con solemnnes Ritos el Sumo Pontifice Gregorio Nono. En ella à la mano derecha de el Altar se ven de pincel vna imagen de este Pontifice, y à la siniestra otra de el Glorioso San Francisco, que tiene en la mano vna poliza, con estas palabras: *Pax huic domui*, salucion vsual de el Santo. Esta Capilla tiene su sitio en vna eminencia, que predomina al Huerto, en el qual el Glorioso San Benito, acosado de vna tentacion sensual, se arrojò en la zarça, para que el dolor de las espinas no diese lugar à sentir los estímulos de la carne.

Baxò nuestro Santo à ver esta zarça, que en memoria de tan hazañosa valentia se conserva. Registròla, y en la profunda consideracion de tan illustre victoria, obtenida à tanta costa de sangre à favor de la pureza, se encendió en su pecho vna generosa emulacion à tan heroyca virtud. Tocòla con tierna devocion con manos, y labios, como à instrumento, que fuè de tan admirable triunfo. Cosa maravillosa! al contacto sus puntas, como reverentes à su virtud, se desaparecieron, y brotaron en su lugar fragrantès rosas, y quedò todo el espino transformado en vistoso ramillete. Mucho tenia andado para esta transformacion zarça, que se viò teñida con la sangre de tan gran Santo; pero se detuvo à engalanarse de flores, esperando el riego de las lagrimas de otro. Fuè desde este admirable successo mas venerable este sitio, siendo mayor el concurso, que atraia la admiracion de ver vna zarça defarmada de el horror de sus puntas, y revestida con gala de flores. Otra zarça en Alsís depuso las espinas, y le ofreció rosas; pero fuè después de averle lastimado con muchas heridas. En aquella fueron las rosas

Parte I.

satisfacion de sus agravios, en esta respeto à sus virtudes; vna, y otra quedaron bien mejoradas; aquella rica con el coral de sus venas, esta con el cristal de sus ojos; aquella, porque si le martiriza, le corona; esta, porque le corona, y le venera. Esta transformacion pintò con elegancia, diestro, y devoto Poeta en este Epigrama.

Virgineum sepio florem Benedictus ac-

vepribus, & proprij rore cruoris

Hinc dumeta novas tanto fecunda

Franciscique manu culta tulere ro-

falsam quidem roseo teclere ex germine

Sed latuit falso carmine vera si-

Scire cupis, rosei flos exeat unde pu-

Sola rosas potuit gignere puncta

Venus.

CAPITULO III.

Profigue el Santo su Mission, y obra el Señor por el estupendos milagros.

DESDE Subasio, discurriendo el Santo por varios Lugares, y Castillos de aquella comarca, llegó à la Ciudad de Gaeta, y en ella fuè tan copioso el concurso de gente, que se juntò à oír la palabra divina, que se viò obligado à entrar, se en vn navichuelo, que estaba surto en la orilla para hazer pulpito, en que fuesse bien visto, y oído de todos. Apenas entrò en el, quando sin remos, ni velas empezó à moverse, entrándose la mar adentro en distancia proporcionada, que pudiesse oír-

Mm 2

le